Colección de teatro infantil y juvenil

Fuente Dorada

MAS ALLA DE LOS CUENTOS

Nicasi Camps i Pinós

10

El autor.

El autor de esta comedia nace en Terrassa, pero a los 7 años va a vivir al barcelonés barrio del Poble Nou. Inicia su labor literaria en la prensa y publicaciones del barrio donde se especializa en la entrevista y el reportaje. En el año 1962 estrena su primera comedia. Sigue con el teatro alternando con la publicación de cuentos en la revista juvenil «Cavall Fort».

Su primera aportación teatral para el público infantil-juvenil, es en el año 1976 con su versión musical de «Les femmes savants» de Molière. Le sigue otra adaptación, «El princep i l'oreneta», sobre «El príncipe feliz» de Oscar Wilde. Con la siguiente, «La filla del carboner» obtiene el primer premio de la A.E.T.I.J. (Madrid, 1984). Otras obras infantiles son: «Una princesa gran i set nans petits», «La visita del doctor», «La noia de l'hostal» y la presente: «Más allá de los cuentos».

Aparte las citadas, tiene en su haber 38 obras originales de todos los géneros, ampliamente representadas, especialmente en salas de teatro «amateur». Cuenta asimismo con otras 7 adaptaciones de distintos autores, que van desde Sófocles hasta el humorista Perich, pasando por Shakespeare, Calderón... Todas ellas dirigidas al público adulto.

En 1977 obtiene el premio de teatro «Emili Vilanova» con la obra «Un dissabte gris i trist» (Un sábado gris y triste) en los últimos Juegos Florales de la lengua catalana en el exilio, celebrados en la ciudad alemana de Munich.

Colección de teatro infantil y juvenil.

10

Edita:
Obra Cultural de la Caja de Ahorros Popular
Fuente Dorada, 6-7. 47001 VALLADOLID

Director de la Colección:
JOSE GONZALEZ TORICES

Consejo de Redacción:
MARIA DEL PILAR ROMERO DEL RIO
LUIS FERNANDO GONZALEZ
PABLO CARRASCOSA MIGUEL

Ilustraciones:
J. REDONDO

© Nicasi Camps
© Caja de Ahorros Popular
© Juan Cervera

Imprime: Gráficas Andrés Martín, S. A. - Paraíso, 8. Valladolid
Depósito Legal: VA. 276.—1988. I.S.B.N. 84-505-7744-6

INDICE

DE PALABRA 5
MAS ALLA DE LOS CUENTOS..... 7
TEORIA Y TECNICA TEATRAL..... 71
TOMO NOTA 81
EL BUZON DE FUENTE DORADA 85

...de palabra

Con "Más allá de los cuentos", he querido rendir un pequeño homenaje al gran dramaturgo italiano, premio Nobel, Luigi Pirandello, que por muchos está considerado como el padre del teatro moderno, y del que acabamos de conmemorar el cincuentenario de su muerte, acaecido en 1936.

Los principales protagonistas de esta comedia son "Texto" y "Fantasía", y en su reto y sus diferentes puntos de vista gira la trama de la obra. Ella, "Fantasía", sostiene, lo mismo que Pirandello, que el personaje una vez creado por el autor ya deja de pertenecerle para pasar a ser propiedad de cada uno de los posibles lectores o espectadores, que pueden hacer con él lo que les venga en gana, modificando totalmente su historia, si éste es su deseo.

Partiendo de esta premisa, he expuesto algunos personajes de cuentos populares que no se sienten conformes con su sino. Ahí radica este reto entre Texto y Fantasía.

La obra es muy abierta, y tanto puede ser interpretada por unos pocos actores, como se le pueden añadir todos los personajes que vosotros deseéis. Algunos de los cuales ya se mencionan en la comedia. Todo depende de la cantidad de actores, o candidatos a actores, de que dispongáis.

También decorado y vestuario, quedan un poco a vuestra elección (a excepción de los que ya tienen una iconografía propia) para que los hagáis a vuestro libre albedrío o según vuestras posibilidades y vuestra imaginación.

Espero que en la preparación, ensayos y en la representación, os lo paséis tan, tan bien como me lo pasé yo escribiéndola. Este es el deseo de vuestro amigo.

teatro Fuente Dorada

P R E S E N T A

MAS ALLA DE LOS CUENTOS

Personajes:

Texto
Fantasía
Blancanieves
El Príncipe de la Bella Durmiente
La Lechera
Barba Azul
Pinocho
Juanón, el pregonero

¡El personaje en cuanto nace, adquiere tal independencia que se libera de su autor, y puede ser imaginado por los demás en situaciones que el autor no pensó jamás, y hasta llegar a tener un significado que el autor no sospechó siquiera!

LUIGI PIRANDELLO
(«Seis personajes en busca de autor»)

PRIMERA PARTE

(Decorado libérrimo. También lo es el vestuario de los dos personajes que inician la acción de la obra. Son ellos el TEXTO *y la* FANTASIA. *Ambos actuarán dentro de la irrealidad de la que forman parte. Para el resto de personajes, el vestuario deberá ser lo más clásico posible, dentro de la idea que tenemos de ellos.*

El TEXTO *será cachazudo, un poco simplón, algo holgazán y un mucho intransigente. La* FANTASIA *será un puro nervio, dinamismo, viveza y alegría a un tiempo.*

Al inicio de la obra, nos encontramos a TEXTO *dormitando tranquilamente. Entra* FANTASIA, *lo observa, y en signos viene a decirnos que es un caso perdido, al mismo tiempo que se presta a despertarlo.)*

FANTASIA.—¡Eh, tú...! Vamos, hombre, no te duermas.

TEXTO.—¡Ah..., ah...! ¿Es a mí...?

FANTASIA.—¿A quién va a ser? Venga, va, anímate.

TEXTO.—Con lo tranquilo que estaba.

FANTASIA.—¡Tenemos trabajo!

TEXTO.—¿Sí...? Bienvenido, ya que últimamente todo marcha de capa caída. ¿Quién se acuerda ya de Texto, de la letra impresa...? ¿Eh...? Vamos, dilo tú, amiga Fantasía, ¿quién se acuerda ya de mí, el Texto, el que antes todo lo presidía?

FANTASIA.—¿Quién se acuerda de ti? Todos, todos nos acordamos, o pretendes decir, que tu misión ya es nula...?

TEXTO.—Pues casi, casi...

FANTASIA.—¡Qué pesimista estás tú hoy! Alegra esa cara, pon una sonrisa en tu rostro, y ya verás cómo la vida toma otro cariz.

TEXTO.—¡Claro! ¡Como que tú eres la Fantasía, y poco te cuesta imaginar felicidades y alegrías que no existen!

FANTASIA.—¿Y de qué te sirve a ti ser el Texto, si no lo empleas para superar el pesimismo y crear también ambiente de felicidad?

TEXTO.—Porque yo soy el Texto, sí; pero un Texto con gran dosis de realismo. Soy el que siempre preside toda obra pensada o escrita.

FANTASIA.—Pero de esta realidad debemos extraer, o añadir ingenio y fantasía para hacerles más agradable el vivir a todos nuestros amigos. *(Transición. Dirigiéndose al patio de butacas.)* Ah, por cierto, ¿has visto cuántos amiguitos han venido a compartir la velada con nosotros?

TEXTO.—*(Observando también la platea.)* Pues sí..., no me había dado cuenta. *(Más alegre, al público.)* Hola...

FANTASIA.—¡Hola amiguitos!

Es de esperar que los chavales correspondan al saludo.

TEXTO.—¡Hola chicos!

FANTASIA.—¡Y chicas! Ya que contamos con vosotros, podríais ayudarme a sacar de dudas a nuestro amigo Texto. ¿Verdad que, muchas veces, al recurrir a él os gustaría, al mismo tiempo, adornar las cosas de la vida con algo mío...? Con algo de Fantasía. Vamos, que se entere, vamos a decirle un fuerte sí. ¿Verdad que sí?

Aunque, como en todos los inicios, el "sí", no sea muy clamoroso, FANTASIA dará muestras de alegría, al tiempo que se inicia la música y ella junto a TEXTO, cantan: "Si nos buscas":

«Si nos buscas,
si con nosotros
saber y amistad
quieres entablar,
en los cuentos,
en las leyendas,
fábulas y consejas
nuevas o viejas
nos has de hallar.

TEXTO. —Yo soy el Texto
y con, o sin pretexto,
soy el que presido
consiento y decido
lo que gesta
un escritor,
periodista, redactor,
novelista, historiador,
dramaturgo
o bien un cuentista.

FANTASIA.—Soy yo Fantasía
que alumbra cada día
esperanza, tesón,
alegría, ilusión,
la que hace
alas tener
al pobre desgraciado,
triste y desheredado,
olvidado,
sin nada que satisfacer.

LOS DOS.— Juntos ideamos
historias singulares,
valientes aventuras,
mágicos enredos,
para que soñéis,
para que gocéis
con héroes osados,
bellas heroínas
y figuras anodinas.
Si nos buscas,
si con nosotros, etc., etc.»

FANTASIA.—Eso. ¡Eso es! Texto y Fantasía debemos presidir vuestras vidas.

TEXTO.—Cosa que, y no me digas que soy ave de mal agüero, ahora no ocurre mucho.

FANTASIA.—Bien, pues a partir de este momento, puesto que nuestros amigos ya nos conocen más y sabiendo que gozan de nuestra entera confianza, seguro, seguro que van a recurrir mucho más a nosotros. ¿Verdad que sí, amigos? *(Ahora puede que el "sí" sea algo más caluroso.)* ¿Lo ves, Texto? ¿No te lo dije? *(Al público.)* Muy bien, amigos. Siempre que preciséis de nosotros, no tenéis más que llamarnos...

En este momento se oyen unos fuertes aldabonazos en la puerta. Si no hay puerta visible, en una imaginaria puerta más allá de la vista del público.

TEXTO.—¡Mira...! ¡Ya llaman...! ¡Qué rápido! *(Vuelven a sonar los golpes.)* ¡Y con prisas! Bien..., de todos modos, podríais meter menos bulla.

FANTASIA.—Ve a abrir. Date prisa. Es alguien que viene a reclamar...

Se repiten los golpes a la puerta.

TEXTO.—¿Quién va...? *(A FANTASIA.)* ¿Otra vez reclamando? ¿Quiénes son ahora?

FANTASIA.—Ya lo verás por ti mismo.

TEXTO.—Bien, vamos a salir de dudas. *(Mutis.)*

FANTASIA.—Menuda le espera. Yo ya me lo temía... Se dejó convencer. Atendió unas quejas, unas reclamaciones... Cambió el final de un cuento y...,

o mucho me equivoco, o esto va a ser el cuento de nunca acabar; y jamás se dijo esta frase en momento más oportuno.

Entra TEXTO, *acompañado de dos personajes. Uno es* BLANCANIEVES, *que puede ir con el conocido vestido de la película de Walt Disney, para que sea más fácilmente identificable por el público. El otro es un* PRINCIPE, *pero no el de Blancanieves, sino el de la Bella Durmiente del Bosque.*

TEXTO.—Pasad, pasad, como si estuvierais en vuestra propia casa.

BLANCANIEVES.—Gracias. Muy amable. Hola.., ¿tú quién eres?

FANTASIA.—La que os da vida en la mente de los niños: ¡La Fantasía!

BLANCANIEVES.—Huy, hija, qué hablar más ampuloso tienes... A mí, puede que sea por el tiempo que estuve viviendo con siete mineros...

FANTASIA.—¡Ah! Sí, claro: ¡los siete enanitos!

BLANCANIEVES.—¡Y un cuerno!

TEXTO.—¿Cómo? ¿Qué? ¿Qué dices de un cuerno?

BLANCANIEVES.—Que de enanitos, nada de nada, monada.

PRINCIPE.—Entonces, ¿si no eran enanitos, qué eran?

BLANCANIEVES.—¿Y a ti, quién te dio vela en este entierro?

TEXTO.—¿No os conocéis?

PRINCIPE.—Yo sí. Al primer momento vi que era Blancanieves, la de los siete enanitos.

BLANCANIEVES.—¡Y dale! Dale con los siete enanitos. ¡Siete cuernos!

FANTASIA.—Blancanieves, por favor, repara... Aquí los chicos...

BLANCANIEVES.—Anda Fantasía, que poco fantasiosa estás tú. Hoy en día ya nadie, y un chaval mucho menos, se asusta por decir un cuerno. ¿Verdad, amigos?

PRINCIPE.—Pero tú has dicho: ¡Siete!

BLANCANIEVES.—Aunque hubieran sido cien. Para el caso es lo mismo. *(Transición.)* Bueno..., ¿tú quién eres? Me pareces un poco cursilón, ¿no?

PRINCIPE.—Soy el Príncipe...

BLANCANIEVES.—*(Sin dejarle acabar.)* ¡La que me faltaba! ¡Otro príncipe! Buena estoy yo con los príncipes...

TEXTO.—Calma, hija, calma, que éste no es el de tu cuento.

BLANCANIEVES.—No, si eso ya lo sé, yo...

TEXTO.—Es el que despertó a la Bella Durmiente del Bosque.

PRINCIPE.—¡Para mi desgracia!

FANTASIA.—¿Cómo? ¿Para tu desgracia dices?

PRINCIPE.—Sí. Porque al despertarla con un beso...

BLANCANIEVES.—*(Interrumpiéndole con una carcajada.)* ¿Con un beso...? Ja, ja, ja... ¡Qué risa...! Por lo

visto, amigo Texto, no andabas muy sobrado de ideas, ¿eh?... Porque a mí, también me despertaron con un beso.

TEXTO.—Mujer..., verás... Es una solución, así..., corriente, popular...

FANTASIA.—Podría haberla mejor... Pero no me negarás que tiene su encanto. Su lado romántico: la princesa dormida, llega un joven y apuesto príncipe; la ve..., la admira..., se enamora de ella... *(BLANCANIEVES y el PRINCIPE ponen cara de circunstancias),* la besa, con un beso de amor y...

BLANCANIEVES.—¡Y un cuerno!

TEXTO.—¿Otro?

PRINCIPE.—Blancanieves, tiene razón. Un marco muy bonito, muy atractivo en el que se me hizo caer a mí como a un incauto.

FANTASIA.—Tú eras libre. La Fantasía siempre es libre, y yo en todo momento estoy con los personajes de los cuentos.

BLANCANIEVES.—Pero aquí también tenemos al señor Texto, fiel guardián y reflejo de lo que escribieron los autores, y ya está: Una vez escritos..., ¿quién nos libera de nuestro triste sino y de la severa vigilancia de Texto...?

TEXTO.—¿Triste sino dices...? Pero, si precisamente siempre se ha venido acusando a los autores de cuentos y a mí, de que todos acaben felizmente.

BLANCANIEVES.—¡Y un...! *(Mirando al público.)* Bueno, no lo digo; pero como si lo hubiera dicho. ¿Qué entiendes tú por un final feliz...?

PRINCIPE.—Eso es lo que pregunto yo: ¿Qué es para ti un final feliz...? ¿Por el hecho de acabar en boda?

FANTASIA.—¡Claro que sí! En la época en que están situadas estas narraciones, es el mejor epílogo que se podía dar.

PRINCIPE.—¡Ya...! ¿Os parece bonito que yo, un joven príncipe, tenga que acarrear con una vieja que se había pasado cien años durmiendo...? ¡Cien años, que no son moco de pavo! ¿Qué? ¿Os parece bien...? ¿Lo encontráis decente...?

TEXTO.—La princesa se conservaba joven...

PRINCIPE.—Sólo en apariencia.

BLANCANIEVES.—¡Un momento! Un momento, caballero. Si no recuerdo mal, al llegar tú, estaba yo guardando la vez ante la puerta, ¿no?

PRINCIPE.—Pues sí..., creo que sí.

BLANCANIEVES.—Por lo tanto, espera a exponer tu problema, que voy primero yo con el mío.

TEXTO.—Cuenta, cuenta, que por contar...

BLANCANIEVES.—El caso es que en mi fábula hubo mucha fantasía... *(A FANTASIA.)* ¡Te despachaste a gusto, hija!

FANTASIA.—No sé a lo que te refieres.

BLANCANIEVES.—Vamos a dejar lo del nombre..., la nevada, el pinchazo de un alfiler de mi madre..., y vamos al meollo de la cuestión: los enanitos. Esos sólo han existido en tu imaginación, Fantasía.

FANTASIA.—Una hace lo que puede.

BLANCANIEVES.—En la tuya y en la de la gente de la corte, que para quitar importancia a la cosa, y no reconocer que había convivido con siete hombres hechos y derechos, por cierto: unos excelentes camaradas todos ellos, no se les ocurrió otra cosa que decir que eran siete enanitos. ¡Qué bobada!

FANTASIA.—Bueno... No fue mía toda la culpa, ya sabes...

BLANCANIEVES.—Sí, hija, sí. A lo que iba. Al despertarme el Príncipe con un beso de amor... *(Pausa. Transición. A FANTASIA.)* Oye, ¿por qué no les decimos la verdad? Son ya mayorcitos, ¿no crees?

FANTASIA.—¿Qué quieres decir?

TEXTO.—¡Me niego! Hay que ser fiel al Texto y no quiero romper el encanto de un cuento, Blancanieves, por más que tú seas la protagonista del mismo. Sólo se es niño una vez en la vida.

BLANCANIEVES.—Toma, pues claro. Sólo una vez niño, como también una sola vez joven, hombre o viejo.

TEXTO.—Sí. Pero a cada época lo suyo.

BLANCANIEVES.—Bien. De acuerdo. Callaré. Pero lo que no pienso callarme, es que, y esto lo comprenderán mejor las niñas, es que yo me había enamorado como una tonta de uno de los mineros, uno de aquellos a los que les llaman enanitos. ¡Sí, sí..., enanitos...!

TEXTO.—*(Cara al público.)* No le hagáis caso, total nada... Un poco de... En fin..., ya os lo podéis imaginar... ¡Cosas de Fantasía!

FANTASIA.—Pues sí..., ¿para qué negarlo? Era una situación tan romántica, tan soñadora...

BLANCANIEVES.—¡Y que lo digas, hija...! Nos queríamos. Pero claro, como aquí, el señor Texto, no dio su brazo a torcer, y él había decidido que debía casarme con el Príncipe, el que, por cierto, ni nombre propio tiene...

PRINCIPE.—¡Es verdad! En esto doy la razón a Blancanieves. ¿Por qué ni a él, ni a mí, se nos hizo la merced de darnos nombre?

TEXTO.—Ocurre en la mayoría de los cuentos. Pocos son los que tienen un nombre propio. Una de las pocas excepciones eres tú, Blancanieves. Los demás, a lo sumo, tienen un mote, como Caperucita Roja, Pulgarcito, Cenicienta, Bella Durmiente, Piel de Asno...

FANTASIA.—Esa ambigüedad favorece la internacionalidad de los personajes..., a que cada uno los acoja como propios.

BLANCANIEVES.—Bien. De acuerdo. Pero, ¿queréis dejarme acabar de una vez...? Aquí, al menor descuido, todo el mundo está echando su cuarto a espadas. Prosigo: el príncipe con el que me casé, por culpa del señor *(Señala a TEXTO)* es un botarate, un niño cursi y malcriado. Todo el día se lo pasa de caza, en justas, torneos, desafíos, retos y, cuando no, lo que todavía es peor: en bailes, fiestas, correrías, rondas y... ¡Y basta, basta ya, que estoy hasta la coronilla!

PRINCIPE.—Te comprendo, Blancanieves.

TEXTO.—¿Y qué pretendes que haga?

BLANCANIEVES.—Que busques otro final a mi historia, ¡que la acabes antes de aparecer en escena el Príncipe, así podré casarme con el minero!

TEXTO.—¡Imposible!

BLANCANIEVES.—¿Por qué?

FANTASIA.—¡Es... es peligroso!

TEXTO.—Tu historia la sabe ya todo el mundo.

BLANCANIEVES.—Yo no me hubiera atrevido a venir, pero sé que existe otro caso.

TEXTO.—¿Cuál?

BLANCANIEVES.—El de las ocho mujeres de Barba Azul.

FANTASIA.—¡Te avisé que no lo hicieras!

TEXTO.—Puede que fuera un error por mi parte. Por tanto, me niego rotundamente a modificar el final de ninguna otra historia.

BLANCANIEVES.—¿O sea que tendré que seguir aguantando al casquivano de mi esposo? ¡Y un cuerno! A ése no lo soporto yo más: es un mal marido; un príncipe indolente y, el día de mañana, seguro que será un rey nefasto para su pueblo.

PRINCIPE.—¿Y significa, también, que yo tendré que conformarme con mi Bella Durmiente?

FANTASIA.—¿Cuál es tu problema?

PRINCIPE.—Muy simple. Cuando hallé el palacio escondido en la espesura de un frondoso bosque y a la Bella en su urna de cristal, estaba realmente bonita. Bueno, había mucho polvo y telarañas, vi

que efectivamente era muy hermosa. La besé. Se despertó y...

BLANCANIEVES.—*(Interrumpiéndole.)* Oye Texto, ¿y por qué son siempre los príncipes los que despiertan a las doncellas con un beso? ¿No podría hacerse al revés...? Me inventas una historia con un guapo mozo dormido, salgo yo, y si me gusta...

FANTASIA.—¡Ah, pues no es mala idea, no!

TEXTO.—¡Bah! ¡Mujeres tenían que ser!

PRINCIPE.—¿Quieres hacer el favor de no interrumpirme? A lo que iba. Se despertó, sí... Pero todo era fachada... Detrás había una mujer de 120 años, y ésos no hay quien se los quite. Es de otra época, anticuada, amargada, perdió a toda su familia y a todas sus amistades... ¿Qué puedo hacer yo con una mujer así...?

TEXTO.—No es muy grave.

PRINCIPE.—Todavía hay más. Una cosa incomprensible, ya que después de estar cien años en sueños, será por la fuerza de la costumbre, siempre está durmiendo por todas partes. No puedo ni tener una conversación con ella, a las dos palabras, ya está roncando como una marmota.

TEXTO.—Sigo opinando que no es cosa grave.

PRINCIPE.—¡No es grave para ti! ¡Como que a ti no te afecta el problema! Un pequeño detalle. Cuando ella se durmió, no se había inventado todavía el tenedor. Pues bien, ahora no hay manera de que lo use. ¡La muy guarra come a

dos carrillos y con los dedos! Hace una semana dimos en palacio un banquete a unos embajadores extranjeros. Todavía no he superado el bochorno que pasé porque mis invitados se burlaban al ver a la reina comer sin tenedor.

TEXTO.—Cuestión de paciencia. No hay que desesperar.

BLANCANIEVES.—¡Claro que no! Peor es mi caso.

PRINCIPE.—¡Que te crees tú eso!

BLANCANIEVES.—¡Estoy convencida de ello!

PRINCIPE.—¡Si la conocieras opinarías de muy distanta manera!

BLANCANIEVES.—También tú modificarías tu criterio con tratarle.

FANTASIA.—Ambos casos se pueden resolver con algo de... ¡Fantasía!

BLANCANIEVES.—¡Ya!

PRINCIPE.—¿De qué?

Desde la platea se levanta una voz perteneciente a la LECHERA, *aquélla del cántaro, la leche y todo lo demás. Como la jarra se le rompió, va sin ella. Es bravía la moza.*

LECHERA.—¡De fantasía! ¡Ha dicho de fantasía! ¿O es que no te enteras?

En el escenario todos quedan sorprendidos y dirigen la vista al patio de butacas, por el que ya avanza hacia el escenario la LECHERA.

FANTASIA.—¿Qué pasa?

TEXTO.—¿Quién habló?

LECHERA.—*(Aún desde la platea.)* Soy yo. ¿O es que ya no se acuerdan ustedes de mí...? Bueno..., claro, puede que sin mi jarra de leche, no sea tan reconocible. *(Sube ya al escenario.)* Pero... a ver, mírenme, con una jarra de leche aquí, en mi cintura, o con un cántaro en la cabeza, ¿no les recuerda nada?

FANTASIA.—¡Claro! Tú eras la Lechera, aquélla que pensaba vender la leche, comprar huevos, incubarlos y...

LECHERA.—¡Exacto! Y que todo se fue al garete por un maldito tropezón que acabó con mis ilusiones...

TEXTO.—¿Y qué es lo que te trae por aquí?

LECHERA.—Muy inocente me parece usted, don Texto.

FANTASIA.—Seguro que viene a protestar.

LECHERA.—La Fantasía dio con la realidad.

BLANCANIEVES.—Pues ya ves que no hay nada que hacer.

PRINCIPE.—Ni Texto ni Fantasía quieren modificar sus ideas.

LECHERA.—¡Lógico! Tienen toda la razón.

PRINCIPE.—No lo entiendo.

BLANCANIEVES.—¡Ni yo!

LECHERA.—Pues es muy fácil. No quieren modificar

vuestras historias. Las «vuestras» son simples nimiedades. Detalles caseros, disputas conyugales del tres al cuarto, sin ninguna trascendencia.

BLANCANIEVES.—¡Y un...! *(Se interrumpe.)* Bien..., mejor me callo.

PRINCIPE.—¿Quién eres tú, para opinar así?

LECHERA.—He seguido, punto por punto, lo que decíais; y, francamente, vuestras pretensiones me parecen ridículas.

PRINCIPE.—Y a mí me parece ridículo que seas tú, precisamente tú, la que pretenda darnos lecciones a nosotros, dos personajes de sangre real, ¿verdad Blancanieves?

BLANCANIEVES.—Sí... Con franqueza, no veo...

LECHERA.—¡Mira por dónde salió lo de la sangre azul! ¡Anda, majo! Pínchate, pínchate a ver de qué color la tienes. Como no sea de horchata...

TEXTO.—*(A FANTASIA.)* Deberíamos intervenir.

FANTASIA.—Espera. Quién sabe, a lo mejor entre ellos mismos encuentran su propia solución.

PRINCIPE.—Bien. Yo me ahorro el bochorno de hablar con ciertas personas.

LECHERA.—Mira, Principito, tú, esa joven y una servidora, somos todos lo mismo: Personajes ficticios, seres irreales, príncipes vosotros, lechera yo... Pero ya puestos a reclamar injusticias, a seguir más allá de donde acaban los cuentos, más allá de la última página de la historia, me parecen del todo banales vuestras quejas, cuando tan concreta y real es la mía.

BLANCANIEVES.—¿Vas a formular también tú una petición?

LECHERA.—Sí.

TEXTO.—Vamos, dinos cuál.

LECHERA.—Muy fácil. En mi cuento, uno de los pocos que podríamos llamar normales, ya que en él no aparecen hadas, brujas, ogros...

BLANCANIEVES.—*(Sin dejarle acabar.)* Si lo dices por mí, ya he aclarado que lo de los enanos...

LECHERA.—Lo sé. No lo decía por ti. Quise decir que en mi historia todo es normal. Hasta mi sueño, mi proyecto.

TEXTO.—Bueno, algo ambiciosilla sí que lo eras.

LECHERA.—De acuerdo. ¿Pero qué mal hay en ello? Uno debe procurar siempre superarse y si ello se hace con el propio esfuerzo y sin perjudicar a los demás...

FANTASIA.—Vistas así las cosas...

LECHERA.—*(Muy vehemente.)* Texto, Fantasía, haced que no se rompa mi jarra. Que mi cántaro de leche siga fijo en mi cintura, que pueda comprar los huevos, luego incubarlos, bien..., ¿para qué seguir, si vosotros ya sabéis lo que yo pretendo?

TEXTO.—Tengo que pensarlo.

FANTASIA.—Es peligroso.

LECHERA.—¿Por qué? ¿Y eres tú la Fantasía? ¡Anda ya!

FANTASIA.—Tú no pides fantasía. Lo tuyo es real y concreto.

PRINCIPE.—Fantasía o realidad, yo doy mi apoyo total a su petición.

BLANCANIEVES.—¡Y yo!

LECHERA.—Gracias majos.

FANTASIA.—*(A TEXTO.).* Créeme, no hagas ningún cambio. No les impongas un nuevo final. Déjales, si ellos quieren, libertad de acción.

TEXTO.—¿Renunciando al Texto?

FANTASIA.—No..., no del todo. Con su actuación ellos mismos hilvanarán uno de nuevo.

TEXTO.—¡Ah, no, no...! Yo debo presidir toda idea, todo argumento. ¿Qué sería sin mí, la vida literaria? Un puro disparate.

BLANCANIEVES.—Anda, calla. Fantasía, puede que tu idea sea buena, que no lo sé, pero si estás dispuesta a dar un giro a nuestras historias, déjale que lo haga.

PRINCIPE.—Es lo único que le pedimos. A fin de cuentas no es gran cosa. Total, que nos varíe el carácter de nuestros respectivos consortes.

LECHERA.—A mí, que me conserve entera la jarra. ¿Te parece mucho?

TEXTO.—No sé..., no sé. A ver... Voy a consultarlo. *(Se dirige al público.)* Amigos: Aquí tenemos tres peticiones. ¿Os parece bien que acceda a su demanda?

BLANCANIEVES.—¡Venga, chavales, que se oiga vuestro sí!

PRINCIPE.—Nuestro destino está en vuestras manos, no nos defraudéis.

LECHERA.—¿Cómo en sus manos? ¡Será «gili» el tío! En sus bocas, que nos tienen que dar el sí.

TEXTO.—Bien, amigos, de vosotros depende: ¿Sí o no?

Cabe esperar que los espectadores se inclinen por el sí.

BLANCANIEVES.—Gracias, amigos, sois un solete.

LECHERA.—¿Un solete, dices? ¡Un solazo, dirás?

PRINCIPE.—Simplemente gracias, palabra de príncipe.

TEXTO.—Bien, a lo hecho, pecho. Tendré que acceder a que tengáis un nuevo destino. ¿Qué te ocurre, Fantasía, no pareces muy conforme?

FANTASIA.—No. Es fijar nuevamente una norma. Obligarles a que sigan igualmente unas ideas las tuyas. Y así siguen sin poder obrar libremente.

TEXTO.—Déjate de monsergas. Accedo a lo que me piden y san-se-acabó.

FANTASIA.—Pues a partir de ahora, atente a las consecuencias.

TEXTO.—¿Qué quieres decir?

FANTASIA.—Accediste primero a resucitar a las siete mujeres de Barba Azul. ¿Te acuerdas?

TEXTO.—Sí. ¿Y qué?

FANTASIA.—Luego te vino otra petición a la que te negaste en redondo, ¿te sigues acordando?

TEXTO.—¡Claro que me acuerdo! Pero, permíteme, amiga mía, que sea yo quien ahora te lo recuerde: el peticionario era el Lobo de Caperucita Roja, ¿no?

FANTASIA.—¡Exacto, él!

TEXTO.—Y no se le ocurrió otra cosa que solicitar que volviera del revés el cuento, para así poderse zampar a la abuela y a Caperucita. Un tanto macabro, ¿no te parece?

BLANCANIEVES.—Desde luego, muy bestia el tío.

PRINCIPE.—¡Qué animal!

LECHERA.—Claro, es lógico, es una bestia y, por tanto, un animal.

FANTASIA.—Para mí, no hay diferencia alguna... Todos, todos, racionales o irracionales, al ser protagonistas de un cuento, ya vienen a ser lo mismo.

En estos momentos hace su entrada un personaje que llega sudoroso y fatigado y se sienta en el primer taburete que encuentra a mano. Según nos contará es BARBA AZUL, *pero no hay nada en su físico que lo delate. Su rostro aparece bien rasurado, y caso de ser barbudo el actor, su pelo, por supuesto, no será azul.*

AZUL.—Buenas, buenas tardes, amigo Texto, y la compañía.

TEXTO.—¡Hola..., hola, amigo Barba Azul! ¿Qué te trae por aquí?

BLANCANIEVES.—¿Barba Azul?

PRINCIPE.—¿Dónde le ves la barba?

LECHERA.—¿Y el azul, qué, se esfumó?

FANTASIA.—Nada. Un apaño del amigo Texto, que más bien fue una chapuza.

TEXTO.—Hice lo que pude. ¿O es que ya no te acuerdas del griterío, del enorme escándalo que nos armaron sus siete mujeres?

AZUL.—Buena la armaste resucitándolas... este griterío y este escándalo lo tengo, ahora, a diario...

BLANCANIEVES.—¿Las devolviste a la vida...?

PRINCIPE.—¿Todas a la vez...?

TEXTO.—Sí... Quizá fue una debilidad, pero lo hice...

LECHERA.—¿No pensaste en el peligro de que volviera a matarlas?

TEXTO.—No. Porque conté con la colaboración de Fantasía.

FANTASIA.—Una, modestamente, ayuda en lo que puede. Y como no era cuestión de que se repitiera la historia, para evitarlo, sugerí que se le afeitara su enorme barba azul, que era la que le daba poderío y fortaleza ante sus mujeres.

AZUL.—Al fin y al cabo tampoco tuviste que exprimirte mucho la mollera. Lo mismo hicieron con Sansón, siglos atrás.

FANTASIA.—¡Claro! ¡De ahí me vino la idea!

AZUL.—¡Imaginaros, pues, mi caso! Pasar de fiero ogro a manso cordero y tener que convivir con siete, ¡con siete mujeres!

PRINCIPE.—¡Te compadezco, hermano!

LECHERA.—Texto..., creo que..., que no diste con la solución exacta.

BLANCANIEVES.—Como que fue peor el remedio que la enfermedad.

AZUL.—Y además, todas ellas con ganas de vengarse de mí, que había sido su asesino.

PRINCIPE.—Veamos, Texto, si tienes por ahí una salida para el caso de Barba Azul.

FANTASIA.—Por cierto, ¿sigues llamándote igual?

AZUL.—Sí... ¿Por qué?

FANTASIA.—No, simplemente, como no tienes barba, ni...

AZUL.—Ya se sabe, la fuerza de la costumbre...

FANTASIA.—Ya...

TEXTO.—Bien. Yo te di una primera variación; vaya, os di. ¿Qué pretendéis ahora?

AZUL.—Ellas no sé. Pero para mí aquello es un infierno. El justo castigo al mal que cometí, aunque creo que ya lo llevo purgado. Sácame de allí, te lo ruego, amigo Texto, ya no puedo continuar más en compañía de aquellas siete fieras.

TEXTO.—Fantasía, sugiéreme algo, anda.

FANTASIA.—Ya te lo dije antes: Da plena libertad a

los personajes y que ellos mismos se las compongan.

TEXTO.—¿Prescindiendo de mí...? ¿De nosotros...? No. No me convence.

PRINCIPE.—Ya que sois tan dados a dormir a la gente, como fue en el caso de Blancanieves o en el de mi «querida» esposa...,¿por qué no lo usáis también en su historia...?

TEXTO.—¿Cómo?

LECHERA.—Ya lo sé. ¡Durmiendo a sus mujeres!

PRINCIPE.—No. Durmiéndole a él.

BLANCANIEVES.—Mira, no sé con qué intención, ni lo que pretendes, pero no me desagrada la idea de que dejéis adormilado a un hombre, hasta el presente siempre habíamos sido las mujeres las víctimas de este sortilegio.

PRINCIPE.—Mi idea es simple. Se duerme Barba Azul; sus siete mujeres siguen viviendo, viviendo... y muriendo por razón biológica de la edad... Cuando le quede una sola, que ella lo despierte y ya está... Se acabó la pesadilla para él.

TEXTO.—*(A BARBA AZUL.)* ¿Qué tal? ¿Te parece bien?

AZUL.—¡A gloria me sabe! Todo me parece bien, con tal de no enfrentarme de nuevo con aquellas siete arpías.

TEXTO.—Pues que sea tal como tú lo quieres...

FANTASIA.—No me convence, no me convence...

TEXTO.—¡Tanto da! Barba Azul tiene razón: no es

justo; y además, es incluso inmoral hacerle vivir con siete mujeres a la vez.

FANTASIA.—¡Haberlo pensado antes!

TEXTO.—No se me ocurrió...

BLANCANIEVES.—Llega él el último y ya está, llegar y besar al santo...

PRINCIPE.—¡Exacto! ¿Qué hay de nuestras peticiones?

LECHERA.—¡Eso digo yo! ¿Qué pasa con mi jarra? ¿Se seguirá rompiendo?

TEXTO,—No. No sé si hago bien o mal. Pero tu jarra no se quebrará, Lechera. *(Al PRINCIPE.)* Tu Bella Durmiente no se dormirá por todas partes, será alegre y bulliciosa como una joven de 18 años, ¡ah...! y aprenderá a usar el tenedor... ¿Te parece bien, Fantasía?

FANTASIA.—Ni bien ni mal. El tiempo lo dirá.

BLANCANIEVES.—¡Te olvidas de mí!

TEXTO.—También tú verás cumplidos tus deseos. Tu esposo será un sosegado varón, amante del hogar y de sus hijos, y por el resto de su vida aborrecerá todo lo que hasta hoy lo dominaba: cacerías, justas, torneos, banquetes...

BLANCANIEVES.—*(Besándole.)* ¡Lo sabía! Sabía que ibas a concedérmelo. Eres una maravilla, Texto.

PRINCIPE.—Yo, hasta que no lo vea, no me lo creo.

LECHERA.—*(Para sí.)* Echando bien las cuentas, si en lugar de tener una jarra, tuviera dos... *(A TEXTO.)* Oye..., se me estaba ocurriendo que si tuviera dos jarras en vez de una...

TEXTO.—¡Ni soñarlo!

LECHERA.—¿Por qué no?

FANTASIA.—¡Volverá a perderte tu ambición! *(Transición, a TEXTO.)* Te lo dije, te dije que no lo hicieras.

TEXTO.—Lo he prometido y no pienso volverme atrás. Os he concedido un cambio en vuestras vidas, en vuestras historias, pero nada habrá de definitivo, de inmutable. Por lo tanto, os emplazo dentro de un año en este mismo lugar y entonces veremos... ¡Veremos en qué ha parado ese cambio!

FANTASIA.—¡Pueden ocurrir tantas cosas...! Pero muchas más, y más imaginativas y fantasiosas si gozarais de plena libertad... Si al ser seres libres, completamente libres, cada espectador, cada niño de los aquí presentes, cada niño de la faz de la tierra pudiera con esa libertad imaginaros una nueva historia a su gusto y albedrío. Tendríais entonces muchos, variados y distintos finales, felices unos, desgraciados otros...

BLANCANIEVES.—Como no te expliques mejor...

PRINCIPE.—Tampoco yo te comprendo.

LECHERA.—¡Anda! Pues si vosotros no os enteráis, imaginaos yo... ¡No doy pie con bola!

AZUL.—Creo entenderla, Fantasía nos quiere guiar más allá de los cuentos, hacia el reino de la imaginación y...

TEXTO.—*(Interrumpiéndole.)* ¡Bah..., bah...! Ni le escuchéis. Cosas suyas. Fantasías, fantasías propias

de su cargo. Andad, volved a vuestro cuento, a vuestra fábula, y dentro de un año volveremos, volveremos a hablar de ello.

Música. Todos los personajes cantan "El cuento va a seguir".

TODOS. «—El cuento va a seguir,
¿qué va a ocurrir?,
¿qué va a pasar?
Habrá que esperar,
un año transcurrir
para el asunto dilucidar
para el cuento acabar.

BLANCANIEVES.—Con un esposo casero
feliz seré,
juntos en nuestro hogar
siempre estaremos.

TODOS. —La solución no llegó.
Texto asintió,
Fantasía no negó
otro final,
otro final
no tan banal,
no tan banal,
nos cambiará,
nos alegrará,
Feliz nos hará.

PRINCIPE. —La pesadilla acabó,
feliz seré
despierta junto a mí
siempre estará.

TODOS. —La solución nos llegó...

LECHERA. —La jarra seguirá,
feliz seré,
conmigo la ilusión
siempre estará.

TODOS. —La solución nos llegó...

AZUL. —Vino la ansiada paz,
feliz seré,
la tranquilidad para mí
siempre estará.

TODOS. —La solución nos llegó...

FANTASIA. —Ya se verá, ya se verá.

TEXTO. —Todo bien acabará.

TODOS. —El cuento va a seguir,
¿qué va a ocurrir?,
¿qué va a pasar?
Habrá que esperar
un año transcurrir
para el asunto dilucidar,
para el cuento acabar,
para el cuento acabar.»

TELON

SEGUNDA PARTE

Un año después. En escena volvemos a encontrar a TEXTO *dialogando con* FANTASIA.

TEXTO.—¡Hoy se cumple el plazo!

FANTASIA.—¡Justo! Un año ha transcurrido desde que accediste a modificarles el final a varios de los protagonistas de nuestros cuentos más populares.

TEXTO.—Sí. Y, o mucho me equivoco, o esta vez me parece haber acertado de lleno en la solución del problema.

FANTASIA.—¿Tú crees?

TEXTO.—¿Acaso lo dudas?

FANTASIA.—Pues sí. Tengo mis reservas. Y aunque hubieras acertado, no es justo que hayas accedido a variarles el final a ellos, cuando se lo has negado a otros.

TEXTO.—Es que..., aparte el Lobo que quería comerse a Caperucita, hemos tenido pretensiones

cada vez más peregrinas... La última fue la de Pinocho, ¿te acuerdas...?

Obscuro. Música ambiental. Luces de nuevo, y en escena, acompañando a TEXTO *y* FANTASIA, *está* PINOCHO, *pero ya en su forma humana.*

FANTASIA.—Vamos a ver, vamos a ver, Pinocho..., ¿qué es lo que pides exactamente?

PINOCHO.—Ya lo he dicho: que el Hada guarde su varita mágica donde sea y que no me convierta a mí en muchacho de carne y hueso. Yo no quiero ser humano. Siendo marioneta puedo ser eterno, en cambio si me humanizo, voy a crecer..., dejaré de ser un chico, además voy a tener que ir a la escuela...

TEXTO.—Tampoco es cosa tan mala ir a la escuela y crecer... Mira, todos nuestros amigos *(Por el público)* estudian y crecen...

PINOCHO.—Porque no han podido escoger, porque no han sido antes muñecos como yo... ¡Si pudieran elegir, si estuviera en sus manos...!

FANTASIA.—Pero Pinocho, ¿has pensado en Gepetto, tu padre...?

PINOCHO.—¿En mi constructor...? Sí, he pensado en él. Pero Gepetto me hizo marioneta, muñeco. Su mejor creación, su mejor muñeco. Nunca me soñó humano... Creo que tuvo un desengaño al ver que me convertía en muchacho, que crecía..., que me hacía un hombre como los demás..., y que luego, tendría que morirme también...

TEXTO.—Es algo que va con la condición humana.

PINOCHO.—¿Qué necesidad tenía de ser un niño como los demás? Vamos, dímelo...

TEXTO.—*(Evasivo.)* Fue..., fue cosa del Hada.

PINOCHO.—¡Bah...! Bobadas. El Hada hizo lo que tú, el Texto, le ordenabas.

FANTASIA.—Yo te comprendo, Pinocho, pero date cuenta, ahora no podemos dar marcha atrás.

PINOCHO.—Por lo menos, hacedme como Peter Pan. Como él, tampoco yo quiero crecer. Si me negáis mi condición de muñeco, y me reducís a la vulgar de un muchacho, que no sea como los demás chicos. ¡Yo no quiero tampoco crecer!

TEXTO.—Te cansarías igualmente.

FANTASIA.—Dale libertad, Texto.

TEXTO.—¡No! No me parece justa su petición... No, Pinocho, no. No puedo atender a tu demanda. Seguirás siendo muchacho, como te hizo el Hada.

Obscuro. Otra vez música ambiental, luces y nos encontramos de nuevo con TEXTO y FANTASIA rememorando su escena con PINOCHO.

FANTASIA.—Fue una pena, sí. Parecía tan dolido de su condición humana.

TEXTO.—Lo siento. Tuve que ponerme en mi lugar. Hubo un momento en que todo fueron reclamaciones. Además estaba en entredicho el prestigio del Hada...

FANTASIA.—En efecto. Como corrió la voz que

habías hecho unas concesiones, todo el mundo nos planteó su problema.

TEXTO.—¡Y que lo digas! Aquí ha pasado desde el Gato con Botas y el Flautista de Hamelín hasta Supermán y Tarzán de los Monos. ¡Todos! Todos tenían quejas. Nadie estaba conforme con su destino.

FANTASIA.—Mira, no es por decirlo, pero yo creo que si me hicieras un poco de caso a mí... Si le pusieran fantasía a la cosa...

TEXTO.—No creas que eres la panacea. No todo acaba con fantasear. Lo mejor es aceptar las cosas tal como nos vienen.

Música. Los dos cantan a dúo, "No te quejes".

No te quejes,
no te alarmes,
nada es malo
si bueno lo quieres tú.
Ya has visto a Pinocho
con o sin uniforme
está él disconforme
y más chulo que un ocho.
No te enojes,
no te enfades,
si está nublado
mañana el sol ya lucirá.
Si al sonar el despertador
soñoliento aún estás
ya mañana dormirás,
levantarse es un primor.

No lo dudes,
no lo pienses,
si estás triste
inicia un largo ja, ja, ja...
Es humana condición
hallar siempre muchos peros
ponerle a todo ceros
y no prestar atención.
No te quejes,
no te alarmes,
nada es malo
si bueno lo quieres tú.
¡Nada es malo,
si bueno lo quieres tú!

Acabada la canción, suenan golpes en la puerta de entrada.

FANTASIA.—Mira, ahí los tienes...

TEXTO.—*(Sin salir de escena.)* ¡Adelante! La puerta está abierta.

Van apareciendo BLANCANIEVES, *el* PRINCIPE *de la Bella Durmiente y la* LECHERA, *con una cara a cual más sombría.*

FANTASIA.—Pero... bueno, ¿a qué se deben estas caras tan largas?

TEXTO.—¿Tan mal os fue?

PRINCIPE.—¡Peor!

BLANCANIEVES.—¡Horrible!

LECHERA.—¡Monstruoso!

TEXTO.—No lo entiendo...

FANTASIA.—¡Ni yo...!

PRINCIPE.—Tú dijiste que nos darías una solución.

BLANCANIEVES.—¿Una solución? ¡Y un cuerno!

TEXTO.—¡Alto ahí! Yo no prometí nada. Me hicisteis unas peticiones concretas, y yo transigí en ello. Nada más. Fantasía es testigo.

FANTASIA.—Es cierto. Aun cuando en ningún momento estuve de acuerdo ni con él, ni con vosotros, ahora la razón está de su parte.

BLANCANIEVES.—Pero bueno..., ¿qué clase de Texto eres tú...? ¿Para qué te sirve el ingenio...? ¿Es que no tienes imaginación...?

LECHERA.—¡Y que lo digas, chica...! Sin ser yo bachillera, lo haría mejor, sin duda alguna.

TEXTO.—¿Cuál es vuestra queja...? Contadnos...

Los tres personajes inician su intervención a la vez.

BLANCANIEVES.—El príncipe ha hecho un cambio tal...

PRINCIPE.—Mi esposa ya no se duerme...

LECHERA.—Tal como acordamos, la jarra...

TEXTO.—¡Alto, alto! Por favor, a ver si nos entendemos. De uno en uno.

LECHERA.—De acuerdo. Empiezo yo.

BLANCANIEVES.—¡Y un cuerno! La primera soy yo.

LECHERA.—¿Y por qué tú?

PRINCIPE.—Puedo ser yo el primero...

FANTASIA.—Calma, calma señores. Creo que debería iniciar el turno Blancanieves. *(La LECHERA va a intervenir.)* No. No es por el hecho de ser una princesa; simplemente, ella fue la primera en exponer su caso.

LECHERA.—Ah..., bien; siendo así...

BLANCANIEVES.—Con permiso. Siendo todo tan simple, no sé por dónde empezar. Recordaréis que mis quejas eran debidas a que mi marido, el príncipe, era un botarate, un juerguista, un príncipe de aquellos de cuentos de hadas...

TEXTO.—Hasta aquí, todo normal. Era un príncipe... ¡de cuento!

BLANCANIEVES.—Pero en mi conseja no había, a Dios gracias, hadas de ninguna especie. Acepté el cambio y me olvidé del minero para no complicarle la vida a Texto. Total, que llego a palacio y me encuentro a mi marido, que si me lo juran no me lo creo, metido en la cocina y ayudando a los pinches a asar unos faisanes...

TEXTO.—Tú pediste un marido hogareño...

BLANCANIEVES.—¡Todo tiene un límite...! Tan hogareño es que no me deja vivir... Siempre a mi lado... Interviene en la cocina, con la costurera, con los criados, pajes y lacayos, se ocupa de las cosas más nimias del hogar... Ni va de cacería, ni hace deporte, ni cabalga, no participa en ningún

torneo, ni... ¡Pero si se está poniendo gordo, feo y viejo...! Vamos, que no hay derecho..., hogareño, sí, vale, pero con unos límites...

LECHERA.—¡Anda! ¿Y ése es tu gran problema...?

TEXTO.—¿Has terminado ya...?

BLANCANIEVES.—Eso es a grandes rasgos. Podría pasarme el día dando detalles.

FANTASIA.—Lo comprendemos. Que se explique ahora el marido de la Bella Durmiente.

PRINCIPE.—¡Ex! ¡Ex-durmiente! En mala hora se me ocurrió a mí venir a quejarme. Con lo tranquilo, con lo apacible que vivía hasta aquel momento...

LECHERA.—¿Ahora te das cuenta...?

PRINCIPE.—Sí. ¿Qué se le va a hacer? Dicen que más vale tarde que nunca.

TEXTO.—Apremia, Príncipe, apremia.

FANTASIA.—Estamos impacientes por saber cuáles son tus lamentos.

PRINCIPE.—¡Ay! Mis lamentos son haber perdido la paz y el sosiego; el haber perdido a una esposa que aunque dormilona...

LECHERA.—*(Alarmada.)* ¿Qué...? ¿Quizá ha muerto...?

PRINCIPE.—¡Cómo se va a morir, si desde que le dieron la vuelta al cuento, desde el revés, ha rejuvenecido y tiene una salud como un roble, fuerte y sana...

LECHERA.—Como decías que habías perdido...

PRINCIPE.—Sí. He perdido a la esposa durmiente y

algo anticuada, pero que estaba pendiente de mis deseos, de guisarme ricos manjares, de hacerme calceta y prendas de abrigo para el invierno... Aquélla, la esposa soñada, la que soñaba, es la que he perdido para siempre. Ahora tengo a mi lado a un torbellino, que no me deja vivir... Siempre de acá para allá, siempre con alguna reunión, consejo, asamblea, conferencia, claustro, etcétera, etcétera. Ha olvidado el camino de la cocina y ni sabe dónde guarda las agujas de hacer calceta... Es feminista, sí señores, sí..., ¡feminista...!

BLANCANIEVES.—¿Y qué...? No hace falta que lo digas con ese retintín, que ya nos hemos enterado: ¿es malo ser feminista...?

PRINCIPE.—No seré yo quien lo diga, pero soy quien lo sufre. Además, ahora, aboga por el sufragio universal, por los derechos de la mujer y demás bobadas de esta índole.

FANTASIA, BLANCANIEVES y LECHERA muy ofendidas y agresivas:

FANTASIA, LECHERA, BLANCANIEVES.—*(A coro.)* ¿Bobadas has dicho...?

TEXTO.—Cuidado, Príncipe, cuidado, que somos minoría...

PRINCIPE.—Bien..., quise decir...

BLANCANIEVES.—Nos hemos enterado bien de lo que has dicho.

FANTASIA.—¡Lo malo es que alguien pueda pensar,

todavía que son bobadas. ¡Llegará el día en que las mujeres tengan los mismos derechos que los hombres!

PRINCIPE.—¡Muy en tu papel estás, Fantasía!

FANTASIA.—¿Es que acaso no tenemos los mismos derechos y obligaciones?

BLANCANIEVES.—Si tienes alguna duda, con preguntarles a nuestras amiguitas, ellas te las pueden aclarar.

PRINCIPE.—También yo podría preguntar a los niños, a ver qué opinan.

TEXTO.—¡No...! ¡Tengamos la fiesta en paz! Sigue, si es que tienes algo más que añadir; y si no, cede la palabra a la Lechera.

PRINCIPE.—Por decir tengo todo lo que queráis y más, pero no quiero seguir importunándoos. Solo quiero pedirte una cosa, Texto querido: volver a mi antigua situación.

TEXTO.—*(Sin atenderle.)* Tú tienes la palabra, Lecherita.

LECHERA.—¿Y eso era lo que tanta prisa les corría...? Total, disputas conyugales. Se nota que son gente que no tienen que ganarse el sustento trabajando. Si tuvieran que arrimar el hombro como una servidora... ¡Mal me la jugaste, Fantasía...!

FANTASIA.—¿Quién...? ¿Yo...?

LECHERA.—Sí, tú, tú... Confiada en ti, hice unos cálculos erróneos. vendí la leche y compré los huevos para incubarlos, pero... no tenía gallina clueca. Tuve que buscarla y cuando la hallé, me la presta-

ron con la condición que la mitad de los polluelos serían para ellos...

BLANCANIEVES.—¡Los hay vivales!

LECHERA.—¡Y que lo digas! Una vez con los polluelos, ¿sabéis lo que comen, lo que cuesta engordar a un pollo...?

PRINCIPE.—Ni idea, claro.

BLANCANIEVES.—Algo, algo sé de ello; los mineros tenían unas cuantas aves de corral y...

TEXTO.—Al grano, Lechera, al grano.

LECHERA.—¡Eso! El grano... ¿Con qué compraba yo el grano, el maíz con que alimentar a los pollitos...?

FANTASIA.—Mujer...

LECHERA.—*(Sin dejarle acabar.)* No, chica, no. De fantasía no se alimentan.

TEXTO.—Bien, ¿y qué...?

LECHERA.—Cómo, ¿y qué...? ¿Qué de qué? ¿Qué más quieres que te cuente? ¿Te parece poco? Mis sueños se vinieron abajo, ni polluelos, ni granja, ni carnero, ni vaca... Nada, ni esperanza de conseguirlo. Texto, te hubieras podido inventar algo para ayudarme...

TEXTO.—Me limité a darte lo que me pedías.

LECHERA.—Si por lo menos tuviera quien me ayudara...

PRINCIPE.—Te convendría un marido.

LECHERA.—Pues no digo yo que no.

TEXTO.—Eso ya es otra historia. Un final distinto.

BLANCANIEVES.—¿Acaso has pensado en alguien concreto?

LECHERA.—Sí...

BLANCANIEVES.—Ay, cuenta, hija, cuenta: ¿quién es...?

PRINCIPE.—¿Se trata de un príncipe?

LECHERA.—*(Burlona.)* ¿Un príncipe...? ¿Para qué quiero yo un príncipe? A quien necesito es a alguien que me ayude en la poca tierra que tengo, que la trabaje, que vaya al bosque por leña, y que el día de mañana, si conseguimos la granja, la cuide conmigo. Necesito a un hombre, no a un niño bonito como tú.

PRINCIPE.—Sin ofender, eh, sin ofender.

FANTASIA.—Calma, Lecherita. El no lo dijo con mala idea.

PRINCIPE.—Claro que no. Simplemente es la solución fácil de muchas obras literarias.

BLANCANIEVES.—Demasiado fácil para ella, ¿verdad?

LECHERA.—Exacto. Además... *(Un poco ruborizada.)* El..., el gañán que me interesa, ya lo tengo medio enamorado...

TEXTO que, hasta el momento había estado escuchando no muy convencido, explota ya.

TEXTO.—¡Alto, alto ahí! Hasta aquí podíamos llegar. Pero, ¿cómo va a ser eso, de que ya tienes medio enamorado a un gañán...? Yo no lo preparé; yo,

el Texto, no lo he previsto, no lo puse en tu camino, ¿cómo, pues, has dado con él...?

FANTASIA.—No te sulfures, amigo Texto. No es para tanto.

TEXTO.—¡Como si lo viera! ¡Eso es cosa tuya...! Tuya y de nadie más. Vamos, no lo niegues; eso es una patraña tuya.

FANTASIA.—Pues sí, ¿para qué negarlo? Una pequeña libertad que me tomé. La moza está en edad casadera... Pensé que podría ser un buen elemento en el nuevo final de la fábula.

TEXTO.—Eso no fue lo que pactamos.

FANTASIA.—Perdona..., pero me gusta ponerle algo de mí, de Fantasía, en todas las historias. Es como añadirle sal a un guiso. Sin sal no sabe bien.

TEXTO.—¿Sal? ¿Sal...? ¡Sal de mi vista inmediatamente! Fantasía, eres una entrometida.

LECHERA.—Además..., para lo que hizo...

BLANCANIEVES.—¿No es de tu agrado el galán...?

FANTASIA.—¿Vas a decirme que no es un buen mozo?

LECHERA.—No. No es que me queje, Juanón es guapote y buen muchacho, pero..., pero...

BLANCANIEVES.—Pero... ¿qué...?

PRINCIPE.—¿Qué le ocurre a Juanón?

LECHERA.—¡Que me pone mala oirle hablar!

TEXTO.—¿Será posible?

FANTASIA.—No lo entiendo.

LECHERA.—*(Dirigiéndose al patio de butacas.)* Juanón, ven, sube que te voy a presentar a unos amigos. *(A los del escenario.)* Vaya, supongo que no os importará conocerle...

BLANCANIEVES.—Pues claro que no.

FANTASIA.—Ansiosa estoy por verle de nuevo.

TEXTO.—Y yo, por saber en qué lío me has metido.

Ha llegado ya al escenario JUANON. *Es un mozo de pueblo, aseado y con buena presencia física, pero que se vendrá abajo al hablar, puesto que lo hace con la clásica cantinela de los pregoneros de los pueblos, exagerada al máximo.*

JUANON.—Hola, aquí estoy, ¿para qué me querías?

LECHERA.—Para presentarte a mis compañeros.

JUANON.—¡Ah! Bueno, pues, tus amigos, son mis amigos, tanto gusto, señores. Si, les puedo, servir en, algo, dispongan, de mí, de Juanón, soy hombre, de oficios varios, y todos, útiles: labrador, zapatero, campanero, carpintero, y, aunque, espero y deseo, no tengan, que usar, de mis servicios, soy también, enterrador.

LECHERA.—*(Con sorna.)* Y, por si no lo habíais notado, os diré que a ratos libres, ejerce de pregonero. *(Imitándole.)* ¿Verdad, que si una, no lo, dice, nadie, se entera...?

BLANCANIEVES.—¡Nadie...! ¡Qué va!

TEXTO.—Bueno, bueno, no liemos más la cosa. Con-

cretemos: ¿qué pretendes tú con... con..., bien, como se llame...?

LECHERA.—Juanón.

TEXTO.—Eso. Con Juanón, ¿Qué quieres?

LECHERA.—¡Más fácil no puede ser! Simple y llanamente: que hable normal, como lo hace todo el mundo.

JUANON.—Pero, ¿por, qué, cariño, mío, quieres, hacerme, cambiar, mi, manera, de, hablar? Es, la, que, corresponde, a mi, oficio.

LECHERA.—A uno solo de tus múltiples oficios.

JUANON.—No, entiendo, la, manía, que, le, has cogido, a, mi, manera, de, expresarme, pero, si, todos, se enteran, de, lo, que, digo.

LECHERA.—Texto, confío en ti.

TEXTO.—¡Y un cuerno! *(A BLANCANIEVES, que lo mira sorprendida.)* ¡Ya lo ves, todo lo malo se pega!

BLANCANIEVES.—¡Ya lo veo, ya!

TEXTO.—*(A LECHERA, que va a protestar.)* No. No sigas, por favor. No puedo, ni quiero hacer nada por él. No es un personaje al que yo haya dado vida. Apáñatelas con Fantasía.

FANTASIA.—Sólo dejé crecer la imaginación de la Lechera. Fue ella misma quien lo creó.

LECHERA.—*(Incrédula.)* ¿Quién? ¿Yo...?

JUANON.—No, si, todavía, va, a, resultar, que, no, soy, hijo, de, nadie, como, si fuera, una, seta, o, un, gusano.

LECHERA.—¡Que yo me entere, que yo me entere!

FANTASIA.—Bien, en el fondo, sí tengo algo que ver. Quise dejar libre la imaginación de la Lechera. Quisiera que lo entendieras de una vez por todas, Texto. No vamos a ganar nada, con inventar nuevos finales, versiones diferentes sobre personajes y situaciones que ya todos conocemos. Tú mismo lo has visto: por más que has mudado el final de sus historias, ni Blancanieves, ni el esposo de la Bella, ni por supuesto, la Lechera, están contentos con el nuevo giro dado a sus vidas.

TEXTO.—No todo son fracasos, Fantasía. Te olvidas de uno, de Barba Azul. Ha transcurrido un año y no se ha presentado a reclamar, señal evidente que está conforme con su nuevo destino.

FANTASIA.—¡Que te crees tú eso!

TEXTO.—¿Por qué?

FANTASIA.—Pues, porque aunque quisiera no puede presentarse. ¿No lo dejaste durmiendo, hasta que enviudara por sexta vez? ¿Cómo va a venir, el pobre?

TEXTO.—¡Toma, pues es verdad!

BLANCANIEVES.—Ni me acordaba.

LECHERA.—Ni yo.

TEXTO.—¿Quieres decir que también él estaría disconforme?

FANTASIA.—El, el que más. Su solución fue la peor de todas.

BLANCANIEVES.—¡No me digas!

PRINCIPE.—¿Por qué la peor?

LECHERA.—Que se explique.

JUANON.—Que yo, también, me entere.

FANTASIA.—Repito que fue la peor: ¿Qué va a pasar cuando despierte? El se conservará, al menos en apariencia, joven. La superviviente de las siete mujeres, es de esperar que sea ya una anciana, una vieja muy revieja. Ahora pregunto: ¿Qué va a hacer el pobre Barba Azul casado con un vejestorio así?

TEXTO.—¡No fue cosa mía! ¡Lo sugirió el Príncipe!

PRINCIPE.—Bueno..., sí..., No atiné en las consecuencias...

TEXTO.—Tampoco yo... Perdonadme, quizá me equivocase, pero lo hice, como siempre, con la mejor intención.

JUANON.—¡Pobre, hombre, le compadezco!

BLANCANIEVES.—¿Y no puede haber solución para él?

TEXTO.—¿Otro cambio? ¿Otro giro en su historia? Ah, no. A mí no volvéis a enredarme.

FANTASIA.—No. Nada de nuevos cambios. Nada de proyectar epílogos diferentes, siempre desde tu óptica, Texto. No es eso lo que nos conviene.

TEXTO.—*(Un tanto malhumorado.)* Sigue. Te escucho.

FANTASIA.—Oídme todos. *(Al público.)* También vosotros, amigos, prestad mucha atención. Vamos a olvidar finales conocidos. ¿No sois vosotros personajes de cuentos, de leyendas, de historias

inverosímiles? ¿No estáis, vivientes, en la memoria de todos los niños...?

BLANCANIEVES.—Pues sí, aunque pueda parecer falsa modestia, ésa es la verdad: a mí me conocen en todas partes.

LECHERA.—¡Toma, y a mí!

PRINCIPE.—Puede que yo no sea tan popular, pero mi esposa...

JUANON.—¡Todos, todos, sois, del, dominio, público...!

FANTASIA.—¡Ahí está la clave! Ya sois personajes que, en cierto modo, se han emancipado de ti, Texto, por más que no quieras reconocerlo. Son libres, o por lo menos, debieran serlo. No quieras dominarlos con nuevos inventos. Deja..., deja que sean los niños *(Señalando a los presentes)*, esos y todos los miles y millones que, como ellos, hacen que cada día, y en cualquier lugar, revivan las historias maravillosas de Cenicienta, Peter Pan, los Tres Cerditos, Hansel y Gretel, Robin Hood, Gulliver, el Gato con Botas, Alicia, Tin-Tin, y hasta Zipi y Zape, Carpanta, el Guerrero del Antifaz, Mortadelo y Filemón, la Familia Ulises...

TEXTO.—Para. ¡Para ya!

FANTASIA.—Déjales, déjales libres. Libres para crear por sí mismos su propia historia, vieja o nueva, feliz o desgraciada. Que cada chaval, niño o niña, imagine lo que quiera y desea para su personaje de ficción querido, que se la haga vivir y...

TEXTO.—*(Interrumpiéndole.)* No. No sigas. Es una locura. ¿Y yo? ¿Es que yo, ya no cuento?

FANTASIA.—Sí. Para nuevas aventuras, para nuevas historias, para nuevos personajes que deben ser creados...; a los otros, déjales libres...

TEXTO.—No, no. ¡Me niego!

Entra BARBA AZUL, *pero luciendo en esta ocasión su antes desaparecida barba de un subido color azul celeste.*

AZUL.—No. No puedes. Es tarde ya para negarte.

TEXTO.—Pero... ¿Cómo? ¿Tú?

BLANCANIEVES.—¡Barba Azul! ¡Y con toda la barba!

JUANON.—¿De qué, te extrañas...? ¿No es, lógico, que, Barba Azul, tenga barba...?

LECHERA.—*(En el mismo tono.)* Calla, calla, Juanón mío, que tú, no sabes... *(Reaccionando.)* ¡Maldita sea! Se me está pegando tu forma de hablar!

PRINCIPE.—Será cosa de Fantasía.

FANTASIA.—Podría ser... ¿Qué sería la vida, sin mí?

TEXTO.—Dinos, dinos qué te ha ocurrido, que nos tienes en vilo.

AZUL.—Muy fácil..., pues que un chico, sí... uno de la sala. *(Avanzando al proscenio.)* Puede que fueras tú... ¿No? ¿No has sido tú...? Pues quizá habrá sido tu compañero... ¿No? ¿Seguro? Bien..., lo mismo da, al que sea, ¡muchas, muchas gracias...!

TEXTO.—No te pares, cuenta.

AZUL.—Pues un chico o chica de la sala al dirigir la palabra Fantasía, al hablarles de que nuestro des-

tino estaba en sus manos, ha decidido que yo tenía que despertar de mi letargo y que para poder seguir ostentando mi nombre con propiedad, debía lucir una hermosa barba azul celeste como ésta.

PRINCIPE.—¿Así de fácil?

AZUL.—Tal cual. Y aquí estoy cumpliendo el deseo de mi libertador.

TEXTO.—A mí..., a mí, es que me va a dar algo. ¿Y tus siete mujeres...? ¿Qué ha sido de tus siete esposas...?

AZUL.—Nada. No existen.

TEXTO.—¿Cómo? ¿Cómo que no existen?

AZUL.—No, porque mi amigo, me ha imaginado cuando había contraído mi primer matrimonio, y como para él, soy noble y de buen corazón, en mi vida, según él, sólo tendré una esposa y seré feliz con ella.

BLANCANIEVES.—¿Quieres decir que ellos...? ¿Pueden cambiar nuestras vidas?

FANTASIA.—Naturalmente, yo estoy con los chavales para que no les falte poder e imaginación.

Entra PINOCHO, pero con la más clásica forma de muñeco de madera, sus movimientos serán algo esquemáticos.

TEXTO, FANTASIA.—*(A dúo.)* ¡Pinocho!

BLANCANIEVES.—Sí. Es él.

TEXTO.—Pero, ¿cómo...?

FANTASIA.—¡Y... con tu antigua forma de muñeco de madera!

TEXTO.—¡Imposible! Yo me negué a ello.

PINOCHO.—Es en vano, Texto, nada puedes contra ellos. *(Avanzando hacia el público.)* También yo he hallado entre los espectadores, a un chico que al oír mis protestas, se ha compadecido de mí (¡gracias, amigo!), y con su solo deseo me ha devuelto a mi primitiva y ansiada condición de marioneta.

TEXTO.—*(Lloriqueando.)* No..., no... Esto es un abuso. ¡Me están robando mis atribuciones...! ¡Ay! ¡Ay! Que a mí me va a dar algo... A mí me da un ataque, sí un ataque, es que me da, me da...

FANTASIA.—No te sulfures. Texto, reconoce que es lo mejor. Nadie pretende quitarte nada. Tú puedes reservarte para las clases doctas, para los libros de... ¡para los libros de texto, naturalmente! Para los señores sesudos, para estudiosos e intelectuales, cuídate de ellos, sí. Y sobre todo, no los olvides, que a algunos, buena falta les hace. Para el resto, ya que pretendemos ir más allá de los cuentos, deja libres a sus protagonistas... Libres, pero conmigo... Y ya verás a todas estas figuras recuperar formas e historias olvidadas. En manos de estos amigos tendrán nueva vida... Una vida distinta según cada niño imaginarla quiera... Vamos, anímate, ven..., ven...

TEXTO.—¿Dónde vas?

FANTASIA.—No temas... Ven conmigo a charlar con nuestros amigos...

TEXTO.—No sé... No sé...

FANTASIA da la mano a TEXTO y ambos descienden a la platea. En el escenario siguen el resto de los personajes. FANTASIA habla al público.

FANTASIA.—Vamos a ver, amigos: A ti, ¿qué personaje de ficción te gusta más? *(A la respuesta, sigue otra pregunta.)* Bien, ¿te gusta su historia, tal como está, o quisieras cambiarla? ¿Sí? ¿Y qué cambio propones...? *(Una vez expresado el deseo, continúa.)* De acuerdo, pues para ti, eso ya es una realidad.

El resto de los personajes, desde el escenario cantará:

«Si éste es tu deseo,
si esto sueñas
para ti,
sólo para ti,
ya es realidad,
ya es realidad.»

TEXTO.—Vamos..., vamos a hacer la prueba... Dime, niña..., ¿cuál es tu personaje favorito...? ¿No lo sabes...? Qué pena, ahora que yo quería hacer igual que Fantasía... Anda, dime tú... *(Atiende a lo que el joven espectador/a le proponga.)* Sí, dime el cambio que te gustaría realizar... *(Después de la respuesta.)* Pues, mira, a mí no se me había ocurrido. Oye, Fantasía..., mira lo que me han pedido... ¿No será algo atrevido...?

FANTASIA.—No... ¿por qué había de serlo...? Si ellos así lo quieren, así ha de ser...

Los personajes cantan:

«Si ello lo propones,
si esto anhelas,
para ti,
sólo para ti,
ya es realidad,
ya es realidad.»

Seguirán formulándose algunas preguntas más, no muchas para no perder dinamismo y acción. Vuelven TEXTO *y* FANTASIA *al escenario.*

FANTASIA.—¿Lo veis qué fácil? No tenéis más que desear alguna cosa, algún deseo, y éste se cumplirá, porque yo, la Fantasía, estoy con vosotros y, además, vedlo, vedlo... Texto no se enfada, ¿verdad...?

TEXTO.—No..., si éste es su deseo... Ahora bien, tocante a la escuela y los estudios, ahí sí que no estoy dispuesto a transigir. Allí nada de fantasías. Allí continuaré siendo el dueño y señor, que conste.

FANTASIA.—¡Tranquilo! Allí seguirás imperando, pero en el reino de los cuentos, de los personajes de ficción, déjales, déjales que yo les guíe, que ellos *(Por los personajes)* sean lo que los espectadores quieren que sean...

Música. FANTASIA *sola canta:*

«Si me deseas,
si me buscas,

contigo estaré,
yo la Fantasía
en tu ayuda vendré.
Tú eres libre,
él también lo es.
Unid todo esfuerzo,
unid toda ilusión.
Si me deseas..., etc.»

BLANCANIEVES.—¿Que deseas que Carpanta deje de pasar hambre? Pues no sufras, a partir de ahora, para ti, un pollo en cada historieta Carpanta tendrá.

PRINCIPE.—¿Te inquieta porque la pobre Cenicienta tenga que oír las doce campanadas sonar...? No te preocupes, que el, reloj, según tus deseos, no sonará.

LECHERA.—¿Estás ansioso por el pobre Robinsón Crusoe, en su isla desierta...? Tranquilo, hombre, tranquilo, que pronto en su rescate, un barco llegará.

AZUL.—¿Estás desasosegado por el infeliz Hombre Invisible? Calma estos nervios, según tu gusto, visible para todos será.

PINOCHO.—¿Te gustaría ver al Pato Donald sin gritar ni gruñir...? Tus deseos verás colmados y Donald, como nadie, contento y alegre estará.

JUANON.—*(En tono de voz normal.)* ¿Quieres junto a Juan Salvador Gaviota volar...? ¡Si éste es tu deseo, con él, el cielo recorrerás!

LECHERA.—¡Juanón! ¡Juanón de mi vida! ¡Estás hablando normal!

JUANON.—¡Claro!, la niña aquella, la de la cuarta fila, lo ha deseado con tanto ardor que, para ella, para ti y..., también para todos, sin sonsonete hablaré.

FANTASIA.—Ya lo veréis, amigos. Nada es fijo, ni inmutable, si los cuentos para vosotros se hicieron, también vosotros los podréis recomponer. ¡Yo, a vuestro lado seguiré, porque amigos, como yo, vosotros también fantasía sois!

Música. Otra vez canta:

«Si me deseas,
si me buscas..., etc.»

Al término de la misma se agregan los demás, cantando todos:

«Buen amigo,
no lo olvides,
en ti confiamos.
Tú, sólo tú,
nos harás vivir:
Vivir maravillas,
sueños felices,
lo que nunca
logramos,
lo que nunca
Texto nos dio.
Buen amigo,
no lo olvides,
en ti confiamos.
Tú, sólo tú,
nos hará vivir:

Bellas aventuras,
amores fáciles,
lo que nunca
logramos,
lo que nunca
Texto nos dio.
  Buen amigo,
no lo olvides,
en ti confiamos.
Tú, sólo tú
nos harás vivir:
Porque fantasía,
fantasía eres tú,
lo que nunca
logramos,
lo que nunca
Texto nos dio.
  Buen amigo,
no lo olvides,
en ti confiamos,
Fantasía,
tú nos darás:
Porque fantasía,
fantasía eres tú.
Fantasía
tú eres
la que nunca
Texto nos dio,
¡la que nunca
Texto nos dió!»

TELON

TEORIA Y TECNICA TEATRAL

VOLUMEN

1. AMBITO ESCENICO
2. ESCENOGRAFIA
3. VESTUARIO
4. EFECTOS SONOROS
5. ILUMINACION
6. MUSICA ESCENICA
7. MAQUILLAJE
8. MASCARAS
9. UTILERIA
10. **ORTOFONIA**

Teoría y técnica teatral
ORTOFONIA
Juan Cervera

LA ORTOFONIA

La ortofonía debería despertar mucho interés tanto para actores como para directores de teatro y profesores en general. En el teatro profesional se tiene muy en cuenta, y es deseable que la preocupación sobre el particular se extienda a los grupos de aficionados y al teatro infantil.

La ortofonía debe proponerse dos objetivos fundamentales:

— El dominio de la voz.

— La recta pronunciación de todas las letras, sílabas y palabras.

El dominio de la voz

Parece ofrecerse como una meta técnica que implica respiración adecuada, impostación, y regulación en cuanto a la potencia, la altura, la duración y el timbre de las emisiones de voz.

Evidentemente todo esto requiere conocimientos y técnicas que no podemos explicar extensa-

EVITAR
TENDER A
AKDICAR
ABDICAR
AZTUAR
ACTUAR
ASPEZTO
ASPECTO
DOTOR
DOCTOR
ABCEDER
ACCEPTAR
OJEBTO
OBJETO
CARIDAZ
CARIDAD
AZMIRAR
ADMIRAR
AJETIVO
ADJETIVO
MAJNO
MALNO
DIJNO
DIKNO
MOHOR
MEJOR
CABAYO
CABALLO
ANNESIA
AMNESIA
ALLINNO
ALUMNO
ACEXTAR
ACEPTAR
BICES
BICERS
ESAMEN
EXAMEN

mente aquí, por razones de brevedad. Pero sí llamamos la atención para que los responsables de grupos de aficionados o infantiles atiendan al problema, que no tiene solución difícil, y, por el contrario, es altamente productivo a la hora de la puesta en escena. La comunicación que establece con el público un actor con una voz hermosa, flexible y dominada, siempre es superior a la alcanzada por quien no posee el dominio de este instrumento.

La pronunciación correcta

La pronunciación correcta exige vocalización y articulación adecuadas. También aquí existen técnicas y procedimientos específicos que los profesionales han de conocer. Pero también aquí hay que insistir en la necesidad de que todo aquel que pise un escenario ha de intentar la mayor corrección posible y ésta se puede conseguir con algún esfuerzo y atención.

Se suele proceder en este campo más por vía negativa —corrección de defectos notorios—, que por vía positiva —consecución de timbres y perfección no afectada de articulaciones—.

Entre los defectos más llamativos están:

— Algunas pronunciaciones regionales que van desde la pastosidad de timbres y ***eles*** *velares de Cataluña, hasta la elisión de vocales y pérdida de consonantes de todo tipo y aspiraciones de* ***eses*** *y* ***jotas*** *de Andalucía, por señalar dos muestras de pronunciaciones defectuosas.*

Ante la imposibilidad de referirnos minuciosamente a muchas pronunciaciones incorrectas,

destacamos algunas con su corrección oportuna, representadas de forma muy sencilla:

Evitar	***Tender a***
*a**k**dicar*	*a**b**dicar*
*a**z**tuar*	*a**k**tuar*
*aspe**z**to*	*aspe**k**to*
*d**ot**or*	*do**k**tor*
*a**b**ceder*	*a**k**ceder*
*oje**b**to, o**k**jeto, o**je**to*	*o**b**jeto*
*caridá-, carida**z**, carida**t***	*carida**d***
*a**z**mirar*	*a**d**mirar*
*a**j**etivo*	*a**d**jetivo*
*ma**j**no*	*ma**k**no*
*di**j**no*	*di**k**no*
*sinta**j**ma*	*sinta**k**ma (sintagma)*
*me**h**or*	*me**j**or*
*caba**y**o*	*caba**ll**o*
*a**nn**esia*	*a**m**nesia*
*a**nn**istía*	*a**m**nistía*
*alu**nn**o*	*alu**m**no*
*máximu**n***	*máximu**m***
*ace**k**tar*	*ace**p**tar*
*bi**ces***	*bíce**ps***
*ta**s**i*	*ta**x**i*
*e**s**amen*	*e**x**amen*
***s**ielo*	***c**ielo*
*ra**s**a*	*ra**z**a*

Recitación y declamación

Recitación y declamación participan de un fenómeno común que es la entonación. Recitación y declamación, bastante descuidadas en la edu-

cación actual, siguen teniendo vigencia en el teatro y en él encuentran aplicación.

El término recitación parece aludir concretamente a un modo de elocución que persigue la claridad y ordenación en la exposición. La declamación, por el contrario, supone mayor aproximación al lenguaje artístico y al concepto de interpretación.

La expresión oral en el teatro participa de ambos conceptos, sobre todo en el teatro actual en el que predominan objetivos de identificación con el personaje hasta el punto de dar la impresión de que se habla como en la conversación ordinaria. Pero esto es sólo una impresión y no una realidad. La distancia a que hablan los actores, la necesidad de hacerse oír por todos íntegramente, la exigencia de que no se pierda una sílaba y de que se capten todos los matices de entonación, la superación de las distorsiones de los micrófonos, etc., reclaman la asistencia de la ortofonía en las dos vertientes que hemos señalado de dominio de la voz y de correcta pronunciación.

Para darse cuenta, basta analizar las pausas que se introducen en la conversación y su oportuna colocación; observar los finales de frase, generalmente levantados o sea en anticadencia; captar la forma cómo el gesto o la mirada preceden a la emisión de la frase...

Efectos vocales

Tradicionalmente el actor ha de hacer frente a determinados efectos tales como el grito, el llanto, los gemidos, las voces desgarradas, la entonación

gangosa, los susurros, la risa y la carcajada, la elocución contenida o reprimida, el canto y la expresión semitonada, la capacidad para las onomatopeyas y las imitaciones... Cada vez se le exige mayor gama de recursos en cuanto a voces graves y agudas, timbres poco corrientes, voces guturales, cavernosas, infantiles, cascadas... Y la necesidad de expresividad oral variada y multiforme es tendencia creciente hasta el punto de que algunas escuelas interpretativas, como Royal Hart, han hecho de la voz su especialidad distintiva.

Por otra parte la integración de formas procedentes del teatro oriental «EL NO», y otras manifestaciones ponen de relieve la necesidad de cultivar cada vez más la voz y la entonación.

JUAN CERVERA
Premio Nacional de Literatura Infantil

Próximo número: «LA EXPRESION EN EL TEATRO»

Tomo nota

Tomo nota

Tomo nota

Tomo nota

el buzón de Fuente Dorada

Acabas de leer este libro y
te ha gustado. Ahora
piensas representar la obra y tienes
alguna dificultad. Pues bien, el grupo
de autores y especialistas que
hemos confeccionado esta
colección deseamos permanecer
a tu lado.
Si deseas formularnos tus dudas,
u opinar sobre el texto,
nosotros, con mucho gusto,
te mantendremos informado y
responderemos a tus preguntas.
Dirige tu carta a:

Teatro «FUENTE DORADA»
Caja de Ahorros Popular
Fuente Dorada, 6-7
47001 VALLADOLID

INDICE

DE PALABRA 5
MAS ALLA DE LOS CUENTOS..... 7
TEORIA Y TECNICA TEATRAL..... 71
TOMO NOTA 81
EL BUZON DE FUENTE DORADA 85

También con nosotros

1. EL RATERILLO - LA MAQUINITA
   Lauro Olmo - Pilar Enciso
2. EL ARCA DE NOE
   María Clara Machado
   (Traducción de Carmen Bravo-Villasante)
3. TOLO Y LOS TAMBORES
   LA POSADA
   José González Torices
4. MORITO DE CARACATUCON
   Fernando Almena
5. TEATRO DEL REVES
   Ramón García
6. JONAS, JONAS
   Miguel Pacheco
7. LA OVEJA VERDE
   María del Pilar Romero del Río
8. QUIEN SIEMBRA VIENTOS...
   Nuria Tubáu
9. LOS APUROS DE PAPA SOL
   Isabel Paraíso de Leal
10. MAS ALLA DE LOS CUENTOS
    Nicasi Camps i Pinós

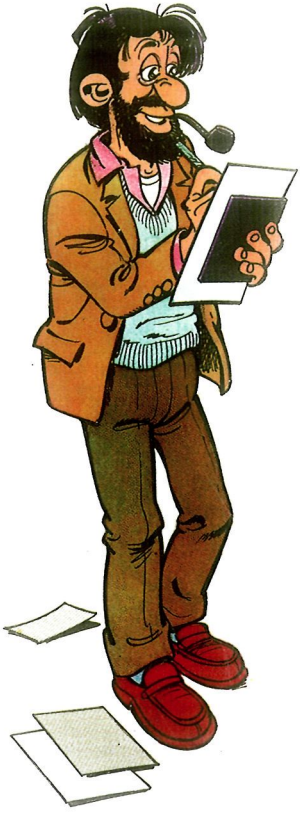
DE PROXIMA APARICION

11. DE AVENTURAS POR LA LUZ
    Luis Matilla
12. TEATRO FANTASTICO
    Armonía Rodríguez
13. TEATRO GUIÑOL
    José María Osorio
14. ¡VAMOS A JUGAR!
    Alfonso Garrido Espínola
15. LA PASTORADA
    Joaquín Díaz - J. L. Alonso Ponga
16. EL PAIS DE LA RISA
    Manuel Alonso Alcalde
17. LETRAS Y NUMEROS
    Rosa Font

Manos a la obra.

MAS ALLA DE LOS CUENTOS

Nicasi Camps i Pinós



«MAS ALLA DE LOS CUENTOS», tiene el subtítulo de «Reto entre Texto y Fantasía» que aclara bastante bien el tema de la obra.
Partiendo de una frase (y una temática constante en él) de Luigi Pirandello en la que postula que una obra siempre debería tener el final abierto para adaptarse a la opinión del lector/espectador, se plantea la rebelión de unos personajes de cuentos populares disconformes con su historia.
El rigor de Texto ante lo escrito y la libre imaginación de Fantasía que abona la petición de los descontentos es el núcleo central de esta comedia.

CAJA DE AHORROS POPULAR Valladolid